
Un método empírico para una historia compleja. La esencia de la historia de la filosofía según Menéndez Pelayo en *La ciencia española*

An empirical method for a complex history. The essence of the history of philosophy according to Menendez Pelayo in La ciencia española

MIGUEL SARALEGUI

Instituto de Humanidades
Universidad Diego Portales
Santiago 8370074 (Chile)
miguel saralegui@gmail.com

Abstract: In this article I aim to analyze the ideas of Marcelino Menéndez Pelayo concerning the essence of the history of philosophy in the polemical context of the *Ciencia española*. Against a historical method that he regarded as too idealistic, Menéndez Pelayo upholds a more empirical method, based on detailed research, which enabled him to explain the complexity of the history of philosophy. His position in favour of empiricism is reflected in his rejection of the four principles embodied by the idealistic approach to the history of philosophy. Menéndez Pelayo thus becomes an energetic advocate of the empirical method as the best approach to understanding the complex and contingent course of the history of philosophy.

Keywords: Menéndez Pelayo, Spanish Science, history of philosophy, method for the history of philosophy.

Resumen: En este artículo pretendo analizar las ideas que Marcelino Menéndez Pelayo defendió sobre la esencia de la historia de la filosofía en el contexto de la polémica de *La ciencia española*. Frente a una metodología histórica que considera demasiado idealista, Menéndez Pelayo aboga por un estudio más empírico de la historia de la filosofía, centrado en el detalle y la investigación, el cual permitirá dar razón de la complejidad del desarrollo histórico de la filosofía. La insistencia de Menéndez Pelayo en el empirismo se manifestará en el rechazo de cuatro principios sobre los que se forja el discurso idealista sobre la historia de la filosofía. De este modo, Menéndez Pelayo aparecerá retratado como uno de los grandes defensores del método empírico para estudiar el complejo y contingente desarrollo de la historia de la filosofía.

Palabras clave: Menéndez Pelayo, Ciencia española, historia de la filosofía, método para estudiar la historia de la filosofía.

RECIBIDO: FEBRERO DE 2014 / ACEPTADO: OCTUBRE DE 2014

1. IDEALISTA Y EMPÍRICA. DOS MÉTODOS PARA ESTUDIAR LA HISTORIA DE LA FILOSOFÍA

Las consecuencias de la polémica de *La ciencia española* han sido decisivas para la cultura española del siglo XX. A pesar de la juventud de sus contendientes y del brío —que llega incluso al exabrupto— con que se formula el intercambio, la disputa se extiende por un número ingente de cuestiones literarias, filosóficas, históricas y políticas que servirán de punto de partida a una gran cantidad de discusiones y proyectos culturales posteriores¹. En este trabajo, quiero estudiar un aspecto en cierta medida olvidado: la imagen de la historia de la filosofía y el método para estudiarla que Menéndez Pelayo propone en *La ciencia española*. Don Marcelino ofrecerá una guía de trabajo para un estudio empírico de la historia de la filosofía, apoyándose sobre el principio de que el desarrollo histórico de la filosofía es tan complejo como el de cualquier otra actividad humana. A pesar de que no les falta razón a Cacho Viu, Ceñal y Fraile cuando insisten en aspectos que limitan su empirismo², mi objetivo consistirá, sin embargo, en señalar los principios

-
1. En estos dos puntos ya insistió V. CACHO VIU, *La institución libre de enseñanza* (Madrid, Rialp, 1962) 345: “Se trata, más bien, de una polémica sustancialmente mantenida entre los miembros de esa joven generación que con tanto brío y de manera tan prematura se asomaba a la vida pública; no se olvide que Menéndez Pelayo no había cumplido los veinte años al iniciarse la polémica, José del Perojo tenía veinticuatro y Pidal y Revilla estaban al borde de los treinta” y 356: “Sus argumentos [de Menéndez Pelayo] se remontan ahora a un plano general, mucho más fecundo e interesante que las menudas disquisiciones eruditas”. Recientemente L. LÓPEZ-OCÓN, *Breve historia de la ciencia española* (Alianza, Madrid, 2003) 306-312, ha insistido, de modo unilateral, en la agresividad de Menéndez Pelayo. Sobre la fecundidad de esta polémica, cfr. R. MANDADO y G. BOLADO (dirs.), *La ciencia española. Estudios* (Real Sociedad Menéndez Pelayo-Ediciones Universidad de Cantabria, Santander, 2011).
 2. Por una parte, R. CEÑAL, *Menéndez Pelayo y la filosofía española*, “Arbor” XXXIV (1956) 367, insistía en el hegelianismo de don Marcelino Menéndez Pelayo: “no quiere ser hegeliana y, sin embargo, a Hegel sabe demasiado”. G. FRAILE, *Historia de la filosofía española* (BAC, Madrid, 1971) 19, lamentará que se busque una esencia para la filosofía nacional, lo que obligará a excluir a todos los pensadores que no se identifiquen con ella. Esta misma limitación nacionalista también la ha señalado V. CACHO VIU, *op. cit.*, 349: “cierto romanticismo nacionalista en esta afirmación de la filosofía española”. Por otra parte, Menéndez Pelayo no insistirá en el potencial historicista que hay en una concepción de la filosofía nacional, del

más historicistas y empíricos de su método para estudiar la historia de la filosofía. En ningún caso, esta insistencia resultará artificial pues don Marcelino dirige sus argumentos no contra los krausistas, sino contra los kantianos Manuel de la Revilla y José del Perojo, partidarios de una concepción idealista, racional y necesaria de la marcha de la historia de la filosofía. Junto con los de don Marcelino, los escritos de estos dos pioneros del kantismo en España serán la fuente primaria de este trabajo³.

¿Por qué estudiar conjuntamente la consideración sobre la esencia de la historia de la filosofía y el método acerca de cómo estudiar la historia de la filosofía? Por dos motivos. En primer lugar, estas dos cuestiones aparecen indiscerniblemente vinculadas en los escritos de Menéndez Pelayo; en *La ciencia española* se pasa de la una a la otra sin solución de continuidad. En segundo lugar, ambos temas —si bien es necesario distinguirlos— están *de jure* íntimamente relacionados. El método para escribir la historia de la filosofía es subsidiario de una determinada concepción de la historia de la filosofía. Si consideramos —como ha sido común entre los filósofos desde Aristóteles⁴— que existe la posibilidad de reducir la complejidad del desarrollo de la historia de la filosofía —no son tantos los filósofos importantes, una filosofía recoge y supera toda la verdad contenida en los filósofos anteriores, el saber filosófico se desarrolla en una dirección determinada—, se podrá aceptar un discurso idealista, que tenderá a despreocuparse del detalle histórico. Por el contrario, si se ve la historia de la filosofía como una actividad tan compleja, impre-

que, sin embargo, es completamente consciente, E. GARIN, *Storia della filosofia italiana*, (Einaudi, Turín, 1967 [1947]) vol. I, 3-28.

3. V. CACHO VIU, *op. cit.*, 345: “No fueron, pues, los krausistas el blanco directo de los argumentos de Menéndez Pelayo, aunque en sus artículos abundan las referencias irónicas a la escuela”.
4. Cfr. ARISTÓTELES, *Metafísica*, V. GARCÍA YEBRA (trad.) (Gredos, Madrid, 1970) 983a-b. W. JAEGER, *Aristóteles. Bases para la historia de su desarrollo intelectual*, J. GAOS (trad.) (FCE, México) 3, lo considera un Hegel *avant la lettre*. H. CHERNISS, *La crítica aristotélica a la filosofía presocrática*, L. BRASS et al. (trad.) (UNAM, México, 1991) 12, se muestra mucho más crítico: “La conclusión es que Aristóteles no intenta, en ninguno de los trabajos que poseemos, dar una exposición histórica de la filosofía anterior. Utiliza esas teorías como interlocutores en los debates ficticios que propone para conducirnos inevitablemente a sus propias soluciones”.

visible y plural como cualquier otra actividad humana —el parangón debe establecerse con la política y la literatura—, el método deberá ser más empírico, más preocupado de analizar detalles, contextos históricos y expresiones personales. En síntesis, se puede decir que en la medida en que seamos partidarios de una idea de la historia de la filosofía más racional —con menos autores, con una idea fuerte de progreso, en el que cada generación posterior incluye la sabiduría de los periodos anteriores—, se tenderá a aceptar un método idealista. Por otro lado, en tanto que veamos el desarrollo de la historia de la filosofía como una realidad compleja, imprevisible y multilateral, la situación será más propicia para sostener un método empírico.

En *La ciencia española*, Menéndez Pelayo se revuelve contra una idea simplificada del proceso de la historia de la filosofía y, por tanto, considera inapropiado el acceso idealista para captar el proceso histórico la filosofía. Aunque en su *Historiografía romántica española* Moreno Alonso no dedique un apartado a la historiografía filosófica, el empirismo metódico era una convicción común en la generación previa de historiadores:

La filosofía de la historia, sobre todo esa pura y racional filosofía, desprendida de visión realista de los hechos, fue duramente criticada y combatida por la mayoría de nuestros historiadores románticos. Vicente de La Fuente llegó, incluso, a llamarla *palabrería de la historia*, porque sin conocimiento de los hechos, sin noticias locales, sin crítica siquiera, la filosofía de la historia pretendía reducir la historia general a ciertos principios fijos e invariables⁵.

De esta manera, Menéndez Pelayo extendería al campo de la historiografía de la filosofía el método empírico que la generación precedente de historiadores había aplicado al campo de la política, el derecho, la literatura o incluso la filosofía de la historia.

5. M. MORENO ALONSO, *Historiografía romántica española. Introducción al estudio de la historia en el siglo XIX* (Universidad de Sevilla, Sevilla, 1979) 394.

A pesar de que no ofrezca una reflexión explícita acerca de la historia de la filosofía ni del método para estudiarla, Menéndez Pelayo criticará por extenso cuatro pilares del método idealista para estudiar la historia de la filosofía: el heroico, el soteriológico, el continuista y el progresivo. Frente a estas convicciones, sostendrá que en el desarrollo de la historia de la filosofía participa una multitud estimable de pensadores —no solo unos pocos héroes—, siendo completamente inaceptable la idea de un salvador filosófico. Por otra parte, aceptará la complejidad del hilo de la historia: muchas veces el tiempo presente no se alimenta del conocimiento ni prosigue armónicamente las aportaciones filosóficas del pasado. En la medida en que el continuismo queda vedado, advierte de que la convicción de que en la historia de la filosofía hay un progreso, es más un deseo que una realidad. En mi exposición analizaré cada una de estas críticas. Estudiaré en conjunto tanto la crítica al principio heroico y soteriológico, como la crítica al continuismo y al progresismo.

2. CONTRA EL PRINCIPIO HEROICO Y SOTERIOLOGICO

El principio heroico es uno de los baluartes en los que la historiografía idealista más segura se siente. ¿Qué significa heroico en este contexto? A la historia de la filosofía solo habrían contribuido verdaderamente un grupo muy reducido de filósofos. A pesar de que las listas tradicionales de héroes no incluyen a ningún pensador español, este principio ha sido comúnmente aceptado a lo largo del siglo XX en España. Paradójicamente el objetivo de introducir a un español —de modo infructífero— en este vallado patio ha sido uno de los motores por los que se ha aprobado una reducción a la cual —a diferencia de lo que ocurrirá en otros países— no favorecía el orgullo nacional. Puede recordarse que ha sido la voluntad de incluir al madrileño Ortega y Gasset en el panteón el modo más frecuente como se ha consumado esta limitación en España: “Por aquellas fechas, Zubiri me dijo un día, hablando de Ortega: Es uno de los doce nombres de la historia de la filosofía”⁶.

6. J. MARÍAS, *Una vida presente. Memorias* (Páginas de Espuma, Madrid, 2008 [1975-

En la polémica de *La ciencia española* los neokantianos Revilla y Perojo abogan por la reducción heroica⁷. En sus dos contribuciones, Revilla restringirá máximamente el título de filósofo:

A despecho de los que se obstinan en descubrir en aquella época [se refiere al Siglo de Oro] un supuesto florecimiento de la ciencia española, es lo cierto que en este punto caímos bien pronto en lamentable atraso. Regístrense los nombres de todos los físicos, matemáticos y naturalistas que entonces produjimos, y ninguno se hallará que compita con los de Copérnico y Galileo, Kepler y Newton, Pascal y Descartes. [...] No tenemos un solo matemático, físico ni naturalista que merezca colocarse al lado de las grandes figuras de la ciencia y por lo que hace a los filósofos es indudable que en la historia de la filosofía puede suprimirse sin grave menoscabo el capítulo referente a España⁸.

Independientemente de la pasión nacionalista del enfrentamiento, reivindica que el guion de la historia de la filosofía distingue netamente entre actores protagonistas y de reparto:

Pues otro tanto puede decirse de la ciencia. Contamos en ella con muchos Balbuenas, Montalvanes y Salazares; pero no con un Cervantes ni con un Calderón, y como no se nos debe ningún gran descubrimiento, ninguna hipótesis fundamental, ninguna obra de esas que hacen época, todo el cúmulo de nombres propios que pueda citar el Sr. Menéndez no basta a desmentir

1989)) 100.

7. M. MORENO ALONSO, *op. cit.*, 435, ha recordado que la historiografía filosófica se introduce en España por una historia de la poesía española: “Así, en 1804, Bouterweck escribió su *Geschichte der Spanischen Poesie und Beredsamkeit* [...] levantando una gran polvareda y contribuyendo a darle a este tipo de estudios, antes eruditos, un tono filosófico y reflexivo”. Manuel de la Revilla era catedrático de literatura española.
8. M. DE LA REVILLA, *La Ciencia Española. Primera parte*, en J. L. VILLACAÑAS (ed.), *Kant en España. El neokantismo en el siglo XIX* (Signum, Madrid, 2006) (originalmente publicado en “Revista contemporánea” 30. 5.1876) 350-355, 351.

nuestra afirmación de que en la historia científica del mundo no suponemos nada⁹.

Más allá de que ningún español sea condecorado con esta distinción, la clave para la interpretación de Revilla y Perojo estriba en la abismal desproporción entre talentos de primera y de segunda categoría. Por mucho que se acepte la existencia de los secundarios —de “estimables ingenios de segundo orden” los califica Revilla¹⁰—, al fin y al cabo, los protagonistas serán los únicos responsables del desarrollo de la historia de la filosofía y de la ciencia. Serán los únicos a los que el historiador de la filosofía deba prestar atención. En un texto un año anterior a la polémica —*El movimiento intelectual en Alemania* que sin duda Menéndez Pelayo leyó—, José del Perojo transmitía modélicamente esta concepción del desarrollo de la filosofía y de la cultura:

Lo que sucede en Alemania con Kant es lo que con frecuencia vemos en la historia de otros pueblos; es lo que en Grecia aconteció con Sócrates, en la Edad Media con el Dante, en siglos pasados con Cartesius y en la filosofía inglesa con Bacon. [...] De vez en cuando ocurren en la humanidad apariciones gigantescas de hombres extraordinarios que sellan con sus ideas una larga sucesión de generaciones y extienden su vida aún más allá que las de estos¹¹.

Se trata de un principio no solo aplicable a la historia de la filosofía: las grandes personalidades acaparan la vida del espíritu.

Menéndez Pelayo, con la mordacidad y rapidez que caracterizan sus primeras respuestas, consigue que las debilidades de este

9. M. DE LA REVILLA, *La Filosofía Española. Contestación a un artículo del Señor Menéndez Pelayo*, en J. L. VILLACAÑAS (ed.), *Kant en España. El neokantismo en el siglo XIX* (Signum, Madrid, 2006) (originalmente publicado en “Revista contemporánea”, 15. 8. 1876) 383-389, 385.

10. M. DE LA REVILLA, *ibid.*, 388.

11. J. PEROJO, *El movimiento intelectual en Alemania*, en J. L. VILLACAÑAS (ed.), *Kant en España. El neokantismo en el siglo XIX* (Signum, Madrid, 2006) (originalmente publicado en Imprenta Medina y Navarro, Madrid, 1875) 157-335, 165.

heroísmo resplandezcan: “El señor de la Revilla cree, por lo visto, que la historia de la ciencia se reduce a las biografías de seis, siete u ocho hombres prodigiosos: ellos dieron la luz; en los intermedios, completa obscuridad”¹². Aunque no renunciará completamente a la teoría del genio¹³, el santanderino la considera, sin embargo, impropio como parámetro exclusivo para juzgar la historia de la ciencia y de la filosofía. En primer lugar, la teoría del genio ignora el proceso de creación del conocimiento. Sin el auxilio de los científicos institucionales o secundarios —los actores de reparto—, las grandes lumbreras no podrán surgir:

En la historia de la ciencia, ¿cómo olvidar la infatigable labor de esos modestos cultivadores que han abierto y allanado el camino a los genios y que si no han sido grandes hombres han sido por lo menos hombres eminentes, útiles para los progresos del entendimiento humano, lo cual vale en ocasiones tanto o más que lo primero?¹⁴

En conexión con la subsidiariedad del científico promedio respecto del genio, se defiende que, para comprobar el nivel científico de un país —preocupación que alienta la polémica—, hay que observar el trabajo de las instituciones científicas. La aparición de una gran figura no refleja el estado general de la ciencia. Es el reconocimiento de una comunidad científica el que informa de la situación científica del país:

-
12. M. MENÉNDEZ PELAYO, *Mr. Masson redivivo (Réplica a un escrito de don Manuel de la Revilla)*, en *La ciencia española*, Edición nacional de las obras completas de Menéndez Pelayo (CSIC, Santander, 1953) vol. I, 99.
 13. M. MENÉNDEZ PELAYO, *ibid.*, 97: “¿No nació en España Copérnico, porque no quiso Dios concedernos la gloria de que aquí naciese?”. Todavía se encuentra restos de esta teoría en M. MENÉNDEZ PELAYO, *Contestación al artículo del Sr. Perojo*, en *La ciencia española*, Edición nacional de las obras completas de Menéndez Pelayo (CSIC, Santander, 1953) vol. I, 367-384, 377: “En la página siguiente, el señor Perojo comete la debilidad de llamar filósofos a Voltaire, La Mettrie, Holbach y otros pobrecillos del siglo pasado, que fuera cabalmente la caricatura más perfecta de la filosofía”.
 14. M. MENÉNDEZ PELAYO, *Mr. Masson redivivo (Réplica a un escrito de don Manuel de la Revilla)* *cit.*, 99-100.

Yo soy enteramente extraño a tales disciplinas [...], pero si puedo afirmar que las obras de los autores citados y de otros que fuera prolijo referir lograron en su tiempo aceptación grande y son mentadas por críticos e historiadores [...] como obras apreciables, doctas y juiciosas¹⁵.

Como recuerda Menéndez Pelayo, si los grandes genios fueran la única vara para medir la investigación, se debería aceptar que Polonia —patria chica de Copérnico— ostenta la misma importancia para la historia de la ciencia que Italia, Inglaterra, Francia o Alemania. Aunque Menéndez Pelayo se inclina a aceptar que España alcanzó este nivel, su consideración institucional es válida, incluso si su postura fuese, respecto de España, exageradamente positiva.

Si el heroísmo metodológico resta importancia al pensador secundario, no se trata, sin embargo, del único ni del más pronunciado adelgazamiento. Existe otro principio aun más limitador: el soteriológico, el cual se trataría de una purificación del heroico. Según este principio, la historia de la filosofía solo habría conocido a un único gran filósofo, descubridor de todas las verdades fundamentales. Quizá sea Aristóteles —el Filósofo de acuerdo a la denominación medieval— el autor con quien, con mayor frecuencia en la historia, se ha tentado esta reducción. Sin embargo, esta imagen de la historia de la filosofía —solo uno ha descubierto suficientemente la verdad— es habitual no solo en el peripatetismo. Toda escolástica filosófica propenderá a la divinización de su maestro.

En este punto, más la postura de José del Perojo que la de Manuel de la Revilla —moderado, incluso crítico de los excesos del primero en este punto¹⁶— representa perfectamente el ideal soteriológico. La salvación sería una gracia brindada por Kant:

15. M. MENÉNDEZ PELAYO, *ibid.*, 108.

16. M. DE LA REVILLA, *El neokantismo en España*, en J. L. VILLACAÑAS (ed.), *Kant en España. El neokantismo en el siglo XIX* (Signum, Madrid, 2006) (originalmente publicado en “Revista de España” XLVII (1875)) 336-349, 341: “A la vez condena con dureza las escuelas idealistas y dejándose llevar de un apasionamiento impropio de su mesura y de la imparcialidad de la que hace gala, no vacila en estampar la temeraria frase que esos grandes sistemas (el hegeliano, el fichtianismo y el krausismo) son *andadores intelectuales, propios para caracteres infantiles*”.

Kant no es por eso un simple creador de un sistema, sino el creador de una escuela, de un periodo histórico. Individualmente comparado con todos los que le antecieron desde Bacon y Descartes, es superior a todos ellos, porque en él se funden las dos direcciones en que venía dividida la filosofía. Él abarca todo su conjunto, todo el desarrollo que en las dos direcciones había tenido e inicia un nuevo periodo, periodo el más grande, el más brillante que se conoce en la historia del pensamiento humano¹⁷.

Nuevamente, sin embargo, es conveniente regresar a las páginas de *El movimiento intelectual en Alemania* para comprobar la radicalidad —que no ahorrará críticas furibundas a la escuela hegeliana, fichteana y krausista— con que Perojo asume la convicción soteriológica:

El primer filósofo que señala un verdadero objeto a la filosofía es Kant. Él fue quien le dio un asunto que no pueden disputarle las otras ciencias, y por eso fue también el primero que intentó darle un carácter científico. [...] Kant dio un objeto a la filosofía, al reconocer que era necesario hubiera una ciencia que a su vez explicara la efectividad de las otras ciencias¹⁸.

Para Perojo, antes de Kant, propiamente, la filosofía ni siquiera existiría.

Menéndez Pelayo se revuelve contra esta contracción que no es sino una depuración del principio heroico. Esta exagerada restricción le parecerá inaceptable:

La *Crítica de la razón pura* de Kant redujo a un mero interés histórico toda la filosofía precedente. Así quedamos todos iguales.

17. J. PEROJO, *La Ciencia española bajo la Inquisición*, en J. L. VILLACAÑAS (ed.), *Kant en España. El neokantismo en el siglo XIX* (Signum, Madrid, 2006) (originalmente publicado en “Revista contemporánea” 15. 4. 1877) 390-425, 397.

18. J. PEROJO, *El movimiento intelectual en Alemania* cit., 251-252. A. M. DE LA REVILLA, *El neokantismo en España* cit., 341, le parecerá exagerada esta actitud de crítica a todo lo que no sea Kant que realiza Perojo: “¿Es justo conceder tantas atenciones al humorista Schopenhauer y menospreciar a Fichte, a Hegel y a Krause?”

Platón, Aristóteles [...] eran tan mentecatos como Raimundo Lulio, Vives [...]. Hasta que el filósofo de Konisberg [sic] lanzó al mundo su famosa *Crítica*, nadie había pensado ni discurrido en el mundo¹⁹.

La crítica de Menéndez Pelayo a la hermenéutica soteriológica no solo se pronuncia respecto de un pensador agnóstico —todavía una novedad para la academia española—, sino también respecto de un teólogo como Santo Tomás. Acertadamente recuerda Ceñal la amenaza que don Marcelino percibe la concepción tomista de la historia de la filosofía:

En su polémica con el dominico Fonseca, más que otra cosa se ha de ver este temor ante un escolasticismo tapiado, sin ventanas bien abiertas a los nuevos horizontes de la ciencia y de la filosofía de la época [...] no puede avenirse a una profesión de tomismo que signifique la sumisión incondicional a un único doctor y una única escuela²⁰.

Incompatible con la misma esencia de la actividad de la filosofía, tampoco el Aquinate habrá resuelto, de una vez por todas, los problemas filosóficos: “La verdad total no la ha alcanzado el tomismo ni ninguna filosofía como tal filosofía, pero debemos aspirar a ella. [...] Por ventura, ¿se agotó en Santo Tomás el entendimiento

19. M. MENÉNDEZ PELAYO, “Prosíguese el pensamiento de las cartas anteriores” en *La ciencia española*, Edición nacional de las obras completas de Menéndez Pelayo (CSIC, Santander, 1953) vol. I, 171-189, 188. Más sensible a la novedad que habría introducido Kant en la Historia de la Filosofía, aunque sin concederle una influencia positiva, se muestra en un escrito trece años posterior. M. MENÉNDEZ PELAYO, “De las vicisitudes de la filosofía platónica en España” en *Ensayos de crítica filosófica*, Edición nacional de las obras completas de Menéndez Pelayo (CSIC, Santander, 1948) 7-115, 108: “Basta la posición del problema crítico, para aislar del mundo antiguo toda filosofía posterior a Kant. En realidad, hasta el dialecto filosófico ha cambiado: si duran los antiguos términos, es con distinto valor y sentido. [...] Pues bien; es cosa de toda evidencia que la forma del pensar filosófico ha cambiado esencialmente desde los días de Kant, aunque los términos del problema metafísico continúen los mismos y no llevan traza de variar”.

20. R. CEÑAL, *op. cit.*, 363.

humano?”²¹. Sobre esta relativización de Santo Tomás —siempre tributándole admiración como ha recordado Forment²²— se construye su relación y su distancia con el pensador católico por excelencia: “Para él [Fonseca], Santo Tomás es el filósofo, el teólogo, el único y solo filósofo y teólogo. Para mí, es un filósofo y teólogo grandísimo, pero no el único”²³. Para Menéndez Pelayo no resolver de una vez por todas los problemas de la filosofía no es una limitación de la grandeza intelectual de Santo Tomás, sino simplemente una imposibilidad ontológica.

La bibliografía se ha interesado en la filosofía propia de Menéndez Pelayo²⁴. En este pasaje, se descubre implícitamente una de las ideas filosóficas fundamentales —si bien no especialmente original— del estudioso santanderino. Esta crítica al monoteísmo filosófico se justifica por un irrenunciable principio antropológico. Para don Marcelino, metafísicamente no se puede aceptar que la capacidad filosófica —en cierta medida universal y presente en todo hombre— pueda reducirse a una única personalidad o un solo corpus intelectual. Más aún, la verdad resulta lo suficientemente variada como para que un solo pensador no agote su conocimiento.

3. CONTRA EL CONTINUISMO: CRÍTICA AL PROGRESISMO, MONOEIDETISMO Y LA HISTORIA DE LOS EFECTOS

Además del principio heroico y soteriológico, Menéndez Pelayo se quiere desembarazar de otro de los cimientos de quienes introducen

21. M. MENÉNDEZ PELAYO, *In Dubiis Libertas*, en *La ciencia española*, Edición nacional de las obras completas de Menéndez Pelayo (CSIC, Santander, 1953) vol. I, 301-325, 307.

22. E. FORMENT, *El neotomismo y Santo Tomás en La Ciencia Española* en R. MANDADO y G. BOLADO (dirs.), *La ciencia española. Estudios* (Real Sociedad Menéndez Pelayo-Ediciones Universidad de Cantabria, Santander, 2011) 153-178, 157, ha recordado que su respuesta a los tomistas es casi siempre “de un admirable modo respetuoso y cordial”.

23. M. MENÉNDEZ PELAYO, *Contestación a un filósofo tomista*, en *La ciencia española*, Edición nacional de las obras completas de Menéndez Pelayo (CSIC, Santander, 1953) vol. II, 145-155, 147.

24. Cfr. M. OCAÑA, *Marcelino Menéndez Pelayo, filósofo*, “Anales del seminario de historia de la filosofía” XIV (1997) 185-202.

necesidad en la marcha de la historia de la filosofía: el continuismo histórico. Para consumir su crítica, Ménendez Pelayo se deshará de tres ideas dependientes del continuismo histórico: el progresismo histórico, el monoeidestimo épocal, la identificación entre influencia histórica y valor filosófico.

En primer lugar, según el continuismo histórico, todo filósofo relevante —el socio de esa aristocracia de genios— construye sobre los anteriores y los supera, permitiendo que la filosofía siempre alcance una posición más avanzada²⁵. La idea fundamental de esta aproximación afirma que, en el curso de la historia de la filosofía, no se pierde una sola gota de sabiduría, pues toda propuesta valiosa es recogida por la filosofía posterior²⁶. No será extraño, por tanto, que quienes defiendan —en este caso José del Perojo— el continuismo acepten que el desarrollo de la historia de la filosofía sigue leyes necesarias: “bueno es insistir en esta cuestión para demostrarles que es imposible que la historia de la filosofía en este período sea de otro modo que el que vamos a señalar, porque el proceso que se advierte es perfecto, acabado y no cabe punto más. [...] Estamos en un punto en que la historia lógica y la real concuerdan perfectamente”²⁷.

Si la convicción heroica se sostiene sobre la teoría del genio, en este caso el del progreso respalda esta perfecta concatenación del conocimiento. En las intervenciones de Menéndez Pelayo en *La ciencia española* se atacan directamente las consecuencias de esta visión continuista —no se pierde conocimiento— y progresiva —la filosofía es cada vez mejor— de la historia de la filosofía. Como ya se ha visto, a la historia de la filosofía contribuirían verdaderamente muy pocos autores. Por tanto, el historiador de la filosofía no deberá

25. Para una visión crítica de la noción habitual de progreso en la historia de la filosofía, cfr. R. TORRETTI, *¿Ha habido progreso de la filosofía en su historia?*, en *Estudios filosóficos 1957-1987* (Editorial Universidad Diego Portales, Santiago de Chile, 2006) 11-22.

26. Una descripción de este mito del progresismo en clave hegeliana puede encontrarse en R. MONDOLFO, *Problemas y métodos para la investigación en historia de la filosofía* (Eudeba, Buenos Aires, 1960) 42-43.

27. J. PEROJO, *La Ciencia española bajo la Inquisición* cit., 393. Esta idea la repetirá con cierta frecuencia en este escrito: “Las fases todas, desde Descartes a Leibniz, son necesarias y la evolución perfecta y acabada” (Ibid., 395).

leer ni estudiar a muchos autores, sino a los pocos que han contribuido con avances definitivos. Pasamos de este modo a la segunda consecuencia. Para que resulte posible el desarrollo —lineal o, al menos, fácilmente describable— cada época estará determinada no solo por un pensador, sino por un único principio. Por último, la tercera consecuencia del continuismo histórico señala que al historiador de la filosofía solo debe preocuparle la influencia. La historia de la filosofía no consiste en estudiar los variados modos como la reflexión filosófica se manifiesta en las diversas épocas, sino simplemente detectar los caminos por los que se han expandido las ideas de los grandes genios que, a la postre, forjan este desarrollo gradual.

Analicemos las críticas que inmediatamente dirige don Marcelino al continuismo. Como el desarrollo histórico de la filosofía se produce de modo escalonado —atribuyendo a cada uno de los genios un escalón completo—, no será necesario leer a todos aquellos filósofos que no constituyen un peldaño en la ascensión del conocimiento. El principio contrario verdaderamente obvio —quizá por este motivo se produce en este punto un agresivo contraste²⁸— es reivindicado por Menéndez Pelayo. Solo se puede criticar —desde un punto de vista tanto filosófico como histórico— a los autores estudiados: “ni en el sabio más eminente de los nacidos, aunque se llame Platón o Aristóteles o Leibnitz, reconozco ni reconoceré nunca el derecho de sentenciar sobre doctrinas que no conoce y sobre los libros que no ha leído”²⁹. Si le es imposible al historiador

28. M. MENÉNDEZ PELAYO, *Indicaciones sobre la actividad intelectual de España en los tres últimos siglos*, en *La ciencia española*, Edición nacional de las obras completas de Menéndez Pelayo (CSIC, Santander, 1953) vol. I, 29-55: “estimar en poco el rico legado científico de nuestros padres, despreciar libros que jamás leyeron, oír con burlona sonrisa el nombre de Filosofía española [...] y preciarse más de conocer las doctrinas del último tratadista alemán o francés [...] que los principios fecundos y luminosos de Lulio, Vives, Suárez o Fox Morcillo”.

29. M. MENÉNDEZ PELAYO, *Mr. Masson redivivo (Réplica a un escrito de don Manuel de la Revilla)* cit., 110. La siguiente frase puede ilustrar este tipo de acceso, G. BOLADO, *Análisis del contexto argumentativo de la primera edición de La Ciencia española*, en R. MANDADO y G. BOLADO (dirs.), *La ciencia española. Estudios* (Real Sociedad Menéndez Pelayo-Ediciones Universidad de Cantabria, Santander, 2011) 111-144, 140: “Lo pone de manifiesto nuestro análisis de su argumentación [...], en la que predomina el argumento del ejemplo y de la inducción histórica, el argumento negativo y positivo de autoridad histórica, y el argumento *ad hominem*

de la filosofía leer a todos los filósofos —protagonistas y secundarios—, deberá al menos abstenerse de elaborar juicios sobre lo que no ha estudiado. Nuevamente Menéndez Pelayo extiende a la historia de la filosofía los principios metódicos propugnados por la generación anterior de historiadores españoles:

Pero siempre como última referencia aparecía el documento, testimonio inapelable para las respectivas tesis del autor. Se pretendía resolver así la discontinuidad entre el dato y la interpretación, trabándolos en una disciplina que refutaba los antiguos modos de hacer historia, fuesen los estrictamente eruditos, fuesen porque elucubraban sin base documental³⁰.

El progresismo historiográfico ha tendido —lo que de suyo no es obligatorio— a una ulterior simplificación: cada una de las etapas fundamentales de la historia de la filosofía se reduciría a una única idea. La filosofía de la Antigüedad, del Medioevo, del Renacimiento y de la Modernidad se deberá resumir en un solo principio. ¿A qué se debe esta sobriedad? En la medida en que cada etapa se retratara con un cierto grado de complejidad —con las contradicciones, pero sobre todo con las independientes y variopintas corrientes que caracterizan toda etapa de la historia de la filosofía—, no resultaría posible que la última etapa de la filosofía recoja toda la complejidad anterior. Con su radical idealismo metodológico, José del Perojo introduce esta idea en la disputa:

Toda época filosófica tiene, pues, su problema. La era moderna, por tanto, tiene el propio y adecuado a las necesidades de los tiempos. [...] así, el problema que plantea la filosofía moderna es el conocimiento de las cosas solo mediante nuestras propias facultades³¹.

desautorizando a los que carecen de conocimiento histórico sobre la materia”.

30. P. CIRUJANO, T. ELORRIAGA y J. PÉREZ GARZÓN, *Historiografía y nacionalismo español 1834-1868* (CSIC, Madrid, 1985) 38.

31. J. PEROJO, “La Ciencia española bajo la Inquisición” cit., 391.

El rechazo de Menéndez Pelayo al monoeidatismo epocal —lo que lo acerca nuevamente a un pensador de la generación anterior como Balmes³²— se cimienta sobre las dos épocas que conoce y aprecia más profundamente: la Antigüedad y el Renacimiento³³. Desestima la posibilidad de reunir el pensamiento griego en una sola proposición: “Está bien, dice, al llegar aquí, el lector; pero de todo eso se deduce que la antigüedad tuvo, no uno, sino muchos problemas filosóficos y los tuvo de todas castas, unos cosmológicos, otros teológicos, otros mortales, otros lógicos, pues nadie dirá que sean uno mismo el problema de la fuerza y de la materia, y el problema de las ideas, el problema del conocimiento y de la voluntad”³⁴. Advertirá, además, que estas simplificaciones, sobre todo cuando las propugnan filósofos de escuela, son interesadas. Estos parciales historiadores de la filosofía presentan una imagen completamente esquemática de las etapas anteriores para que el filósofo-padre relumbre con cegador brillo:

-
32. J. BALMES, *Filosofía elemental* (Porrúa, México D. F., 2007) libro XI, 505: “Más el pensamiento humano, corriendo al través de los tiempos, debía dejar vestigios: aquí una hondonada, allí un montecillo, acá un arenal, acullá un terreno cubierto de vegetación; en unas partes con regularidad, en otras con desorden; a veces sin enlace, quizá con cierto encadenamiento: he aquí una imagen de las escuelas filosóficas, y he aquí, por decirlo de paso, la suma dificultad de presentar su historia bajo un plan uniforme, de fijar y deslindar con exactitud las varias épocas y determinar con precisión las diversas fases. Los fenómenos intelectuales, como radicados en seres dotados de espontaneidad y libertad, presentan por doquiera el carácter de los sujetos que se desenvuelven: variedad, oposición, libertad. Cuando veáis una clasificación muy precisa, como salida de un molde, tener por seguro que el clasificador o finge o se alucina”.
33. El constante aprecio de Menéndez Pelayo por el Renacimiento y su filosofía así como su ambivalente juicio sobre la filosofía escolástica obligan a considerar sumamente impreciso el siguiente comentario de J. ORTEGA Y GASSET, *La idea de principio en Leibniz*, en *Obras completas* (Alianza, Madrid, 1983) vol. VIII, 249 (nota): “Entre las cosas cómicas de la infortunada vida intelectual española durante el pasado siglo, debe contarse que Menéndez Pelayo considerase haber dado cima a una hazaña emigrando en la madurez del escolasticismo a la filosofía escocesa del sentido común, que es cosa pareja a si hubiese decidido salir de Malaguilla para entrar en Malagón”.
34. M. MENÉNDEZ PELAYO, *Contestación al artículo de Sr. Perojo* cit., 372. Para una crítica al principio de la historiografía hegeliana de que toda época queda resumida en una idea, cfr. R. MONDOLFO, *op. cit.*, 45-46.

Entre los filósofos del Renacimiento los hay críticos [...], dogmáticos [...], peripatéticos clásicos [...], neoplatónicos [...] y escépticos [...], en una palabra: los hay de todas castas y condiciones. Es absurdo el empeño de ponerlos a todos en fila como reclutas y hacerlos dogmáticos, solo porque así nos viene bien la clasificación y porque así se retrasa el criticismo hasta Kant³⁵.

En este rechazo al monoeiditismo y a la idea de progreso, se fija el diferente valor que la aproximación empírica y la idealista concede a la erudición. Menéndez Pelayo insiste en la erudición y el estudio como antídotos contra la imprecisión mistificadora. Más aún, la erudición es el único camino legítimo para el conocimiento de la historia de la filosofía: “Yo estoy firmemente persuadido de que la erudición conduce siempre a algún resultado provechoso; el charlatanismo y las discusiones de *re omni scibili* a ninguno”³⁶. Prueba de las limitaciones de los neokantianos como estudiosos se expresaría en la linealidad de sus interpretaciones. La completa univocidad y simplicidad desaparecen cuando el estudioso disecciona el pasado en cualquiera de sus manifestaciones:

Aunque algo me daba que sospechar lo rotundo y destemplado de sus negaciones, siendo propio de los que han mascado un poco el saludable polvo de los antiguos volúmenes, no decidir en ligero y en redondo las cuestiones, hacer en todas no pocas salvedades, desconfiar mucho del propio juicio y no aventurar palabras³⁷.

35. M. MENÉNDEZ PELAYO, *Contestación al artículo de Sr. Perojo* cit., 375. Este aprecio que durante toda su vida el santanderino profesó por el Renacimiento se le pasó por alto a J. ORTEGA Y GASSET, *La idea de principio en Leibniz*, en *Obras completas* (Alianza, Madrid, 1983) vol. VIII, 352-353: “Menéndez Pelayo —que no solía tener razón— tiene un pedazo de ella cuando considera el Renacimiento como un movimiento subversivo, de sobra frívolo por cierto. [...] Pero que en el enorme poliedro de afanes y tendencias integrantes del Renacimiento había una faceta de pura y simple subversión, una cara revolucionaria es el fragmento de razón que indudablemente tenía Menéndez Pelayo”.

36. M. MENÉNDEZ PELAYO, *Mr. Masson redivivo (Réplica a un escrito de don Manuel de la Revilla)* cit., 120.

37. M. MENÉNDEZ PELAYO, *ibid.*, 109.

Inesperadamente los interlocutores llegan a un acuerdo subterráneo sobre la erudición. A los neokantianos ni siquiera les incomoda el reproche por su falta de erudición. Sobre todo, Manuel de la Revilla aceptará la inanidad de la erudición para la historia de la filosofía, orgullo que ha sido percibido unánimemente —desde Cacho Viu a Villacañas— por la bibliografía secundaria³⁸. El neokantino verá la erudición bien como una exigencia secundaria —“el espíritu científico que no puede alimentarse únicamente de rebuscos arqueológicos, como los que tanto complacen al Sr. Menéndez”³⁹—, bien como un engaño —“Por eso cuando oíamos hablar al Sr. Valera [quien se había pronunciado contra Núñez de Arce] de la muerte de Vanini, de Tomás Moro y de Servet [...], no podíamos menos de asombrarnos de que el exceso de erudición y de ingenio puedan cegar hasta tal punto a las más aventajadas inteligencias”⁴⁰— bien como una tentación casi demoníaca:

La erudición y el ingenio tienen algo de Mefistófeles [...]. El gusto de contar cosas raras que nadie sepa, el afán de sostener paradojas y defender tesis que ni sostenerse ni defenderse pueden, el amor a la originalidad, el alarde de ingenio y de agudeza son cosas donosísimas que conducen a los mayores extravíos⁴¹.

Existe un tercer punto que, aunque menos claramente, también depende del continuismo histórico: el del estudio de la influencia. Para recoger la complejidad de la historia de la filosofía, Menéndez

38. Ya V. CACHO VIU, *op. cit.*, 346: “Revilla, poco perito en esas materias”. Más recientemente J. L. VILLACAÑAS, *Estudio preliminar*, en *Kant en España. El neokantismo en el siglo XIX* (Signum, Madrid, 2006) 99: “Sin duda, la erudición no era el fuerte de Perojo ni de Revilla. Su negación de toda filosofía española era quizá recia e injusta. [...] Si aquellos hombres hubieran tenido la erudición apropiada, habrían llamado a Menéndez Pelayo con palabras de Menéndez Pelayo. [...] No: el daño terrible de la Inquisición se aprecia mucho mejor cuando se goza de un saber erudito apropiado y a confesar esto no le alcanzó la honestidad intelectual de Menéndez Pelayo”.

39. M. DE LA REVILLA, *La Filosofía Española. Contestación a un artículo del Señor Menéndez Pelayo cit.*, 384.

40. M. DE LA REVILLA, *La Ciencia Española. Primera parte cit.*, 353.

41. M. DE LA REVILLA, *ibid.*, 355.

Pelayo adopta un método empírico. Sin embargo, en este punto, por la importancia que Revilla y Perojo conceden a un fenómeno histórico como el de la influencia, parecería que Menéndez Pelayo estaría limitando su estudio fáctico del pasado, al reclamar la atención para autores que carecieron casi completamente de relevancia histórica.

Debido a la convicción de que el pasado filosófico obedece a leyes necesarias, tanto para Revilla como para Perojo la efectividad histórica resume el valor de una filosofía. Por ello, con afán paradójico, recordará Revilla que si Platón no hubiera gozado de lectores, no constituiría un objeto para la historia de la filosofía:

Si Platón [...] hubiera sido desconocido hasta ahora y de repente apareciesen sus obras, nadie negaría el genio de Platón; pero como no habría existido una filosofía platónica, Platón no supondría nada en la historia de la filosofía, la cual no es un conjunto de biografías ilustres, sino el desarrollo gradual y sistemático del pensamiento humano, en el cual no influyen ni poco ni mucho los genios, por grandes que sean, si no logran darse a conocer e imponer su propio pensamiento⁴².

Con afán más jocosamente agresivo, Perojo ofrece un ejemplo más imaginativo y mordaz para refrendar esta misma concepción:

Porque quiero suponer que mañana u otro día, un afortunado mortal tenga la suerte de hallar en una aldea un legajo de manuscritos que contiene toda una serie de sistemas filosóficos, distintos de los que conocemos en la historia de la filosofía. [...] Por consecuencia, eso descubierto y diferente, es lo mismo que si nunca hubiera existido antes. Si en un rincón de la Montaña, por ejemplo, vivió no digo cuarenta años antes que Kant,

42. M. DE LA REVILLA, *La Filosofía Española. Contestación a un artículo del Señor Menéndez Pelayo* cit., 388. No cabe duda de que en esta frase existe un deseo de replicar a la crítica de Menéndez Pelayo acerca del heroísmo, así como una revisión de su postura. Más que la contradicción, me parece interesante recordar que la moderación refleja un amplio parecer de Revilla.

ciento, quinientos, mil, un pensador que planteó el problema crítico del conocimiento y tan bien o mejor que aquél, para la historia de la filosofía lo mismo da que nunca hubiera nacido⁴³.

Menéndez Pelayo también otorgará importancia a la influencia, como muestran varios de sus estudios⁴⁴. Pero también reivindicará como labor del historiador de la filosofía la atención por el estudio de autores que apenas gozaron de lectores, lo que nuevamente se puede conectar con las aspiraciones metodológicas de la generación anterior de historiadores cuya misión había consistido en buena medida en recopilar fuentes⁴⁵:

El señor de la Revilla insiste en juzgar por el éxito las doctrinas filosóficas, y dice que si Platón no hubiese fundado una escuela, sería un gran filósofo; pero no un objeto importante en la historia de la filosofía. Pues si la historia de la filosofía no habla de los grandes filósofos y sus doctrinas, ¿de qué ha de hablar? ¿Esperará a que venga el *servum pecus* para decidir el mérito de los sistemas?⁴⁶

Si antes Perojo dirigía una pulla a través del ignorado filósofo montañés, Menéndez Pelayo continúa esta vez la chanza:

Imagine el señor de la Revilla que él mismo da mañana a la estampa un libro portentoso de alta filosofía, que, por uno de los azares bibliográficos tan comunes, *habent fata sua libelli*, nadie compra, ni lee, ni estudia, hasta que al cabo de los años mil sale

43. J. PEROJO, *La Ciencia española bajo la Inquisición* cit., 400.

44. Cfr. M. MENÉNDEZ PELAYO, *De las vicisitudes de la filosofía platónica en España* cit.

45. P. CIRUJANO, T. ELORRIAGA y J. PÉREZ GARZÓN, *Historiografía y nacionalismo español 1834-1868* (CSIC, Madrid, 1985) 37: "La publicación y recopilación de fuentes, así como el tratamiento directo de las mismas, se convierte en condición indispensable para escribir la historia, sea la de siglos pasados o la propia coetánea del autor".

46. M. MENÉNDEZ PELAYO, *Mr. Masson redimuerto*, en *La ciencia española*, Edición nacional de las obras completas de Menéndez Pelayo (CSIC, Santander, 1953) vol. I, 199-229, 226.

un doctor alemán proclamando su excelencia [...]. Es método muy aventurado a errores estimar el mérito de los libros por el ruido que han hecho o por el número de los secuaces de la doctrina de sus autores⁴⁷.

Los neokantianos podrían formular la siguiente objeción a Menéndez Pelayo. Si se ambiciona estudiar la historia de la filosofía de modo empírico, ¿por qué entonces estudiar a autores que nadie leyó, que carecen de efectividad histórica? ¿Resulta Menéndez Pelayo contradictorio con el método empírico que, para la historiografía de la filosofía, ha ido formulando a lo largo del intercambio? Antes de responder, es necesario dar solución a una cuestión preliminar: ¿son más empíricos Revilla y Perojo en su defensa del estudio de la influencia? En absoluto. Más bien, al contrario, su insistencia en la influencia no presta atención a las numerosas lecturas —imprevisibles y plásticas, eruditas y creativas— que de los grandes clásicos —incluidos los modernos— se han dado a lo largo de la historia. La obsesión con la influencia se vincula, por el contrario, al proyecto de anular una de las características básicas de la historicidad: su contingencia. Perojo no solo afirma que lo que fue es inmodificable, sino que no podría haber sido de otro modo:

Como la filosofía, hasta la época en que nos encontramos, ha tenido una marcha sistemática, invariable, que es como debe ser e imposible que sea de otro modo, sencillamente porque es un hecho, una cosa que ha sido, nada que se encuentre distinto a lo que existió puede perturbar su antiguo modo de ser⁴⁸.

-
47. M. MENÉNDEZ PELAYO, *Mr. Masson redivivo (Réplica a un escrito de don Manuel de la Revilla)* cit., 118.
48. J. PEROJO, *La Ciencia española bajo la Inquisición* cit., 400. No se puede exagerar el deseo de Perojo de anular completamente la contingencia del desarrollo histórico de la filosofía: “¿Quién será tan insensato que pretenda introducir en su evolución un nuevo aspecto, una nueva forma? Imposible. Además ahí está la historia real que lo impide” (*Ibidem*, p. 394).

El modo como —sobre todo Perojo— insisten en la influencia se relaciona más con el deseo de anular la contingencia que con la ambición de estudiar con precisión las imprevisibles relecturas que marcan la historia de la filosofía.

Es momento de responder ahora a la primera pregunta: ¿supone este deseo de Menéndez Pelayo de estudiar al autor desconocido una transgresión de su método empírico? Como historiador de la filosofía, supondría un desdoro en la medida en que el historiador se desentendiera de los acontecimientos que tuvieron mayor repercusión, mayores efectos en el periodo estudiado. Por tanto, Menéndez Pelayo transgrediría su propio método, si, al fijarse en la doctrina de un autor desconocido en el XVI, por el hecho de ser filosóficamente interesante, le concediera más importancia histórica que al pensador más influyente y más leído, el que de alguna manera gozó de una mayor existencia histórica. Pero en sí mismo no es una transgresión del método empírico en la medida en que esos autores —por desconocidos y carentes de influencia que fueran— también configuraron —aunque de modo menor— el pasado.

Por tanto, no se trata de una transgresión. Sin embargo, este interés y aprecio por autores con apenas relevancia histórica no es una dedicación requerida por el método implícitamente delineado. Por este motivo, no se puede compartir la siguiente afirmación de Bolado:

Menéndez argumenta con razón que el valor intrínseco de una filosofía es un criterio ineludible de selección de un protagonista de la historia de la filosofía. Más aún, este criterio intrínseco tiene prioridad sobre el extrínseco de impacto cuando se trata de reconstruir la historia de la filosofía en España⁴⁹.

En tanto que método histórico de la disciplina, el historiador, también el de la filosofía, deberá prestar atención a lo ocurrido. Si lo acontecido tiene más que ver con la influencia de un mal autor que con la del bueno que no ha sido leído, es intrínseco, y no extrínseco, estudiar ese proceso de recepción.

49. G. BOLADO, *op. cit.*, 136.

4. UNA HISTORIOGRAFÍA SIN PRIVILEGIOS

Solo se puede entender el método de Menéndez Pelayo para estudiar la historia de la filosofía, si se presta atención a su concepción acerca del devenir de la historia de la filosofía. De este modo, dos ideas sobre la esencia de la historia de la filosofía darán forma a las recomendaciones del polígrafo santanderino para escribir la historia de la filosofía. En primer lugar, frente a una tendencia firmemente arraigada en la escritura de la historia de la filosofía —se reduce drásticamente el grupo de aquellos que han participado verdadera y legítimamente en el quehacer filosófico—, Menéndez Pelayo mantiene una actitud mucho más inclusiva. Considera que la historia de la filosofía está poblada de numerosos pensadores. Dado que ser filósofo no es una identidad absolutamente excepcional, reservada a un escasísimo grupo, para don Marcelino —lo que lo enfrentará tanto con los neokantianos como con los tomistas— no resultará apropiado desarrollar un método que prescribe estudiar exclusivamente el pensamiento de unas pocas lumbreras (principio heroico) o de un solo salvador, único revelador de la verdad filosófica (principio soteriológico).

Solo si se tiene en cuenta la crítica a los principios heroico y soteriológico, se entenderá apropiadamente la reivindicación de Menéndez Pelayo de la filosofía española. Precisamente porque no se puede justificar una historia de la filosofía que solo estudia a seis, ocho o diez autores, el santanderino no pretenderá que un teórico español del Siglo de Oro —como tantas veces se ha entendido a través de la figura de Vives— sea introducido en un panteón que no existe. De esta manera, la estrategia no será la de soldar un eslabón hispánico en la cadena de nombres ilustres, sino la de desacreditar la misma posibilidad de que la historia de la filosofía se la repartan seis personalidades. Al mostrar el carácter habitual de la filosofía y la exageración de la teoría del genio, se insistirá en que un amplio grupo de pensadores españoles pertenecerán a la historia de la filosofía de modo tan pleno como los grandes nombres siempre repetidos en las versiones manualísticas —todavía hoy populares— de la historia de la filosofía

Una segunda convicción sobre la historia de la filosofía marcará su método: la historia de la filosofía se desenvuelve de un modo tan imprevisible y contingente como la historia política. Menéndez Pelayo quiere *historicizar* —o simplemente *desfilosofizar*— la historia de la filosofía. Del mismo modo que la civilización más refinada podría ser aniquilada por unos bárbaros dotados de una insuperable potencia militar, una filosofía vulgar respaldada por una cohorte de fieles sectarios podría silenciar los argumentos de los más finos pensadores. Esta convicción, contraria al idealismo y providencialismo histórico —constitutivamente alérgicos a esta imprevisibilidad e irracionalidad—, le conducirá a una mirada que niega la idea de continuismo (todo pensador posterior recoge toda la verdad anterior), la de progresismo (todo pensador posterior se encuentra en una situación superior respecto de los anteriores) y la de eficacia histórica (solo los grandes filósofos alcanzarán éxito duradero).

En suma, las recomendaciones que don Marcelino ofrece en *La ciencia española* son más negativas que positivas. Esta insistencia en el cómo no debe ser escrita la historia de la filosofía es, sin embargo, un objetivo conscientemente buscado. A diferencia de sus contendientes, preocupados por establecer férreas leyes históricas —no solo para el desenvolvimiento de la historia de la filosofía—, Menéndez Pelayo acepta que el trabajo del historiador de la filosofía no consiste en prescribir leyes universales, sino estudiar en toda su complejidad el pasado de la filosofía. La erudición no se entenderá entonces como un capricho academicista, sino como una exigencia absolutamente ineludible y necesaria para aquellos que quieran acceder y explayarse con propiedad sobre la historia de la filosofía.

Aunque al historiador dedicado a otros campos esta exigencia erudita pueda parecerle obvia, no se trata de un compromiso que los historiadores de la filosofía —o más bien los filósofos cuando contemplan su historia— hayan suscrito ni de buena gana ni de modo habitual. En esta aproximación, bulle —más allá de algunas incoherencias— un objetivo fundamental: sustraer a la redacción de la historia de la filosofía cualquier privilegio idealista. Menéndez Pelayo quiere normalizar la historia de la filosofía como disciplina histórica. Antes que nada, la historia de la filosofía es historia y, para evitar

abstractas generalizaciones, habrá que aceptar un método empírico. Es posible que, por las mismas características de los objetos que la filosofía estudia, a su historia le acompañan un mayor número de regularidades que a la historia política. Sin embargo, hay que tener en cuenta dos aspectos: estas uniformidades no suponen un cambio de esencia —la historia de la filosofía es tan histórica como la historia social o política— y estas legalidades solo se podrán justificar como resultado —más provisional que definitivo— de las investigaciones y no como principio heurístico que determina la mirada sobre el pasado filosófico.

En el inicio de este artículo se han recordado ciertos límites del empirismo de Menéndez Pelayo, originados en un concepto esencialista de la filosofía nacional (no son filósofos españoles todos los que han pensado dentro de los límites geográficos de España, sino quienes han defendido unas doctrinas asociadas con la esencia patria). No se equivocan quienes han insistido en estas limitaciones. Sin embargo, estas deben entenderse como contradicciones a su empirismo metodológico que, sobre todo en la crítica a los principios idealistas, debe juzgarse como radical. Esta exaltación empírica se puede interpretar como una de las pocas caras positivas del entusiasmo con que se desarrolla esta polémica de *La ciencia española* que, en demasiados casos, acaba en insulto. Estas limitaciones nacionalistas no pueden entenderse como correcciones generales al método empírico y a la contingencia de la historia de la filosofía defendida por el joven Menéndez Pelayo, sino como fallas —incluso incoherencias— con un planteamiento verdaderamente revolucionario e innovador —todavía hoy— para los historiadores de la filosofía en España⁵⁰.

50. Este trabajo ha sido posible gracias al FONDECYT 11140310, financiado por el gobierno de Chile.